

Unión Iberoamericana» (primera vez que se habla de Iberoamérica), que desarrolló una cierta actividad basada en ideas utópicas. La conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento contribuyó a impulsar estos movimientos de acercamiento y a que resurgiese el vocablo Hispanoamérica. Así ocurrió con el Congreso Jurídico Hispanoamericano, con el Geográfico, que propuso la creación de una asociación hispano-americano-portuguesa con el objetivo de reforzar los vínculos entre las naciones de estirpe ibérica, con el Literario que tomó acuerdos tendentes a la defensa del idioma y al acercamiento entre los centros de enseñanza. Con palabras sacadas de «La intimidad iberoamericana» del asturcubano Rafael María de Labra puede afirmarse que «hemos salido, pues, del período de los buenos deseos y comenzamos a darnos cuenta de lo que es y de lo que requiere la obra de reconciliación de la familia Ibérica».

Otro factor que contribuyó poderosamente a facilitar el mutuo entendimiento entre España e Iberoamérica fue, sin duda alguna, la emigración. En su obra *El viaje a América del profesor Altamira*, Santiago Melón Fernández afirmó con toda justicia: «Los indianos enlazaron de forma espontánea su patria de adopción con la patria de origen y tendieron un puente trasatlántico por el que circularon fluidamente las personas, las cosas, las modas y los capitales...»

El sentimiento hispanoamericanista no se asienta tanto en las lejanas epopeyas del descubrimiento y la colonización como en los vínculos reverdecidos en época reciente por estos emigrantes».

He señalado a lo largo de este trabajo cómo las guerras de emancipación provocaron un distanciamiento entre España y la América Española, que buscó, en ese momento, su propio estilo de vida, su identidad en modelos distintos del español. Pero es de rigor señalar también que aún en ese período de repudio de la herencia española no faltaron en ese continente voces que propugnaban que Hispanoamérica sólo hallaría su propia senda hacia el futuro si seguía alimentándose de la cultura hispánica que lo había nutrido hasta entonces. Entre ellas es de destacar la del venezolano Andrés Bello, el gran intelectual de la emancipación; la del dominicano Francisco Muñoz del Monte y la del uruguayo Enrique Rodó, quien en el filo del siglo XX, con la publicación de su obra *Ariel*, inició y encarnó la rebelión cultural contra el coloso yanqui.

En la España de fin de siglo, la corriente hispanoamericanista pronto encontró adeptos entre los que cabe destacar, por su infatigable apostolado en favor de la causa americanista, al ya citado asturcubano, Rafael María de Labra y Cárdenas. Era hijo de Ramón de Labra, natural de Infiesto (Asturias), militar conocido por sus ideas liberales, lo que le valió, tras un exilio en Londres, ser enviado a Cuba por María Cristina, donde

fue gobernador de Cienfuegos. A causa del destino de su padre, Rafael María nació en Cuba. Fue parlamentario durante veinticinco años, primero diputado y luego senador, tanto por distritos peninsulares como antillanos. Mantuvo siempre una trayectoria republicano reformista, que le llevó a votar en el 73 a la República y a rechazar en 1881 la cartera de Ultramar. Presidió el Ateneo de Madrid y la Institución Libre de Enseñanza y representó a España en el Tribunal Internacional de La Haya. Labra fundó la *Revista Hispanoamericana*, y desde sus páginas y en sus obras fue un constante defensor del acercamiento Hispano Americano.

En el orden cultural, en la década final del siglo pasado surgió en España un interés creciente por la producción literaria americana, a la que ilustres personalidades de nuestras letras, como Valera, Clarín y Menéndez Pelayo dedicaron trabajos y estudios, especialmente a partir de las publicaciones de la *Antología de Poetas Hispanoamericanos*, cuyo primer volumen apareció en 1893.

Una fecha crucial en la historia de España y de nuestra cultura y que, por supuesto, había de afectar a nuestras relaciones de toda índole con los países americanos, fue el 98. En ese año España, tras una dolorosa derrota, hubo de abandonar los últimos territorios que hasta entonces aún poseía en el continente que cuatro siglos antes había descubierto y colonizado. En la América hispana esto produjo, de una parte, la desaparición de un factor perturbador en sus relaciones con España; de otra, desaparecida la amenaza de España, se perfilaba una nueva en el horizonte: la del gigante del norte. Como había vaticinado Martí en el trabajo que bajo el título de *Nuestra América* publicó en México en 1891: «Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano». El legado de España comenzó a ser valorado y considerado, como ya habían encarecido Andrés Bello y pocos más, como un elemento esencial de la identidad hispanoamericana. Enrique Rodó, al que ya antes citamos, ejerció con su obra, fundamentalmente con su *Ariel*, una gran influencia en la juventud hispanoamericana. Tras él aparecerían ilustres hispanistas como el dominicano Pedro Henríquez Ureña, los mexicanos Alfonso Reyes y José Vasconcelos, etc. Hasta el nicaragüense Rubén Darío alzaría su inspirado verbo para afirmar su filiación hispánica frente a los Estados Unidos «potentes y grandes».

En España el «Desastre» sumió al país en el desaliento e hizo que las más destacadas figuras del pensamiento y de la cultura se plantearan con espíritu crítico el interrogante sobre el ser histórico y el destino de nuestra nación. Esta inquietud encontraría su más acendrada expresión en el grupo de escritores y pensadores englobados en la que se conoce como «Generación del 98». El precursor de esta generación cultural, Ángel Ganivet, pro-

ponía en su *Idearium español* (fechado en Helsingfors en 1896, poco antes del desastre), como gran misión histórica de España, reconstruir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos. Esta corriente que veía en Hispanoamérica el campo apropiado para la realización de un gran destino histórico, despojado de todo propósito de conquista o supremacía encontró adeptos en España y así surgió lo que podríamos llamar el hispanoamericanismo liberal español.

La figura más destacada de esta corriente fue Rafael Altamira, fundador de la *Revista Crítica de Historia y Literaturas Española, Portuguesa e Hispanoamericana* en la que colaboraron, entre otras personalidades señeras de la cultura española, Menéndez Pelayo, Unamuno y Costa Hinojosa. Donde este movimiento cristaliza es en la Universidad de Oviedo, a la que en 1897 llegó, como catedrático de Historia del Derecho Español, Rafael Altamira. A él le correspondió pronunciar el discurso de apertura del año académico 1898-99. El tema elegido fue «Universidad y Patriotismo». En su alocución esbozó todo un programa de aproximación y solidaridad entre España y sus antiguos dominios de ultramar. Este discurso inauguró la política americanista de la Universidad de Oviedo.

En esos años finiseculares, la Universidad de Oviedo —la más pequeña entonces de las españolas— contaba con un claustro de excepcional calidad, al frente del cual se hallaba, como rector, D. Félix Arámbaru. Entre sus catedráticos figuraban nombres tan destacados en diversos aspectos de la vida nacional, como Clarín, González Posada, Álvarez Buylla y Melquíades Álvarez, a los que vino a sumarse el de Altamira. Gozaba esta Universidad de un merecido prestigio en España. «Va usted —le escribía Unamuno a Altamira— a la Universidad en que mejor cae». Joaquín Costa hablaba del «Movimiento de Oviedo». Salvador Canals escribió con admiración: «En la colmena intelectual fecunda de la Universidad ovetense se percibe una ráfaga poderosa de vida que contrasta con el quietismo en que otras regiones de España se consumen». Y el propio Altamira confesaría a Pascual Soriano que «la Universidad ésta es un paraíso».

El claustro ovetense emprendería diversas iniciativas, entre las que son de destacar por su trascendencia e importancia la «Extensión Universitaria» y una decidida acción institucional de acercamiento cultural hacia los países americanos. Ambas tareas se suscitarían en el año del «Desastre», en 1898.

La política americanista, que es la que a nuestro propósito interesa, se inicia, según señalamos con anterioridad, con el discurso de apertura del curso 1898-99, pronunciado por Altamira. Este discurso fue, en palabras del profesor Santiago Melón, «una persuasiva pieza hispanista». En él afirmó

que «aparte de su obra interna, nacional, las Universidades españolas deben tener en cuenta que España no es un pueblo aislado en el mundo, último vástago de una familia agotada, sino que por el contrario tiene descendencia en otros muchos pueblos, hijos de ella por la sangre y por la civilización, en quienes alienta el mismo espíritu fundamental de la gente hispana...» y propugnó como urgente y trascendental obra de patriotismo la aproximación entre España y sus antiguos dominios americanos.

Siguiendo el programa bosquejado en el discurso de Altamira, la Universidad de Oviedo envía en el año 1900 una circular a los centros docentes de América, en la que se habla de establecer una relación cada vez más íntima entre España y los pueblos hispanoamericanos y se plantean una serie de proyectos concretos como: intercambio de publicaciones y servicios, visitas de profesores y alumnos, etc. En ese mismo año presenta nueve proposiciones al Congreso Pedagógico Hispanoamericano, suscritas por los profesores Arámburu, Canella, Álvarez Buylla, Clarín, González Posada, Sela, Altamira, Melquíades Álvarez y Jove.

En el año 1908, siendo ya Rector D. Fermín Canella, la Universidad de Oviedo conmemoró el III centenario de su fundación. Asistieron a la celebración delegaciones de dieciséis países. Los contactos mantenidos con algunas de estas delegaciones llevaron al claustro ovetense a la convicción de que había llegado el momento de iniciar el programa de visitas académicas sugerido en la circular de 1900. La Universidad de Oviedo decidió entonces enviar en misión cultural a varios países de América al profesor Altamira. Desde junio de 1909 a marzo de 1910, Altamira visitó Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba, con una breve escapada a Estados Unidos. El viaje, al que no le faltaron algunas ácidas críticas, constituyó en líneas generales un éxito y a su regreso Altamira fue recibido en olor de multitudes tanto en Santander, donde desembarcó, como en su ciudad natal, Alicante y, por supuesto en Oviedo donde se dio su nombre a una calle. A su llegada a estas ciudades se encontraban esperándole las máximas autoridades locales y académicas. El viaje, incluidas las críticas que recibió y las polémicas que provocó, sirvió para dar realce y popularizar en España a la corriente hispanoamericanista. Casi de inmediato, a mediados de 1910, otro catedrático que había sido compañero de claustro de Altamira en Oviedo, Adolfo Posada, inicia otro periplo por América llevando la representación del I.R.S. y de la Junta para la Ampliación de Estudios.

Apenas llegado, Altamira fue llamado a Madrid para ocupar el cargo de Inspector General de Enseñanza y tres meses después en enero de 1911 el de Director de Enseñanza Primaria. En 1913 se le adjudicó en la Universidad Central por concurso de méritos, la cátedra de nueva